

aquellas costas: á las casas de ellos se iban á recoger de noche para desparramarlas por donde quiera, y este fraude era cosa corriente, no solo en las ciudades anseáticas, sino hasta en Holanda, á pesar de sus vínculos con la Francia. Diligentemente auxiliaba á los contrabandistas la poblacion de estos diversos paises, y se les unia para acometer á los aduaneros, desarmarlos, degollarlos ó seducirlos.

Ademas de estos traficantes clandestinos se contaban los falsos neutrales, que ejercian casi al descubierto el contrabando, é introducian géneros prohibidos en los puertos franceses y aliados con abundancia.

Para comprender el papel de los falsos neutrales, hay que recordar los decretos franceses é ingleses, tan á menudo citados en la presente historia, como que formaban la legislacion marítima de entonces. Ante todo, cometiendo los ingleses un acto de violencia, declararon en 1806 bloqueados todos los puertos de Francia desde Brest á las bocas del Elba, sin embargo de no tener una fuerza efectiva para cerrar su entrada, segun las reglas del derecho de gentes. Inmediatamente, y por virtud de su decreto de Berlin, respondió Napoleón á este bloqueo ficticio con el general de las islas Británicas, vedando comunicarse con ellas por cartas ó buques, y prohibiendo el acceso á sus puertos de todos los buques ingleses y hasta de cuantos hubieran tocado en Inglaterra y sus colonias. A este decreto replicó Inglaterra con sus famosas órdenes del consejo de 1807, segun cuyo texto ningun buque neutral podia cruzar por los mares, cualesquiera que fuesen su procedencia y

su destino, sinc tocaba en Lóndres, en Malta ó ciertos lugares de la dominacion británica, para que allí se comprobara su cargamento y alcanzara licencia de navegar, mediante el pago de enormes derechos. En noviembre de 1807 repuso Napoleón á este acto extraordinario de soberanía sobre los mares con su decreto de Milan, que declaró desnaturalizados y de buena presa, donde quiera que fuesen cogidos, cuantos buques se sujetaran á esta legislacion odiosa.

Entre estas dos tiranias bregaban los infelices navegantes neutrales, obligados á ir por licencia de navegar á Lóndres, y expuestos, de resultas de haberla adquirido, á ser capturados por los franceses. Nada cabe decir para justificar ninguna de las dos tiranias, y lo mas que se puede alegar como excusa de la segunda es que fué provocada por la primera. Su exigencia llevaban los ingleses hasta el extremo de que para pagar la licencia, sin la cual no se podia navegar, ó para cargar de mercancías inglesas, acudieran todos los buques del Mediterraneo á Malta, y los del Océano á Lóndres. Por ejemplo, los holandeses, que para sus salazones venian en busca de sal á las costas de Francia, no se podian llevar esta primera materia de su principal industrial, sin ir á pagar á Lóndres la correspondiente licencia.

Irritados los americanos contra esta doble violacion del derecho de los neutrales, que imputaban especialmente á los ingleses como provocadores, dictaron la denominada *ley de embargo*, por la cual prohibieron á sus buques el navegar entre Francia é Inglaterra, y hasta el venir á Europa: les prescribieron que se dedicaran exclusivamente al trá-

fico en las playas americanas, y aun determinaron usar de su propio algodón y hacerse por consecuencia industriales. En cambio declararon aprensible todo buque francés ó inglés que osara tocar en las costas americanas despues de tener el valor de vedarse á sí propios las playas inglesa y francesa.

Con todo, los armadores americanos, menos orgullosos que su gobierno, infringieron por lo común estas leyes mas honrosas que bien calculadas. Así, no alcanzando el embargo mas que á los buques ya surtos en los puertos, quedáronse la mayor parte como aventureros en los mares, discurrendo atinadamente que tales providencias no durarian mas de uno ó dos años, y vivian yendo de puerto en puerto por cuenta de las casas que los habian despachado. Casi todos se dirigian á Inglaterra: allí cargaban de los géneros coloniales con que se hallaban atestados los almacenes de Londres: á veces los porteaban por su cuenta, mas á menudo por la de los negociantes ingleses, holandeses, anseáticas, daneses ó rusos; tomaban las licencias; se hacian convoyar ademas por las flotas británicas; entraban en Cronstadt, Riga, Dantzich, Copenhague, Hamburgo, Amsterdam; se introducian hasta en Amberes, el Havre, Burdeos; presentábanse en todos estos puertos como neutrales, puesto que eran americanos; afirmaban no haberse comunicado con Inglaterra; se les creia facilmente en Rusia, Prusia, Hamburgo, Holanda, donde querian ser engañados; con alguna mas dificultad en Amberes, el Havre y Burdeos, aunque allí tambien hallaban frecuentemente medios de burlar la vigilancia de la administracion imperial, casi siempre

impotente, despues de indagaciones minuciosas, para hacer constar las comunicaciones con Inglaterra y la sumision á sus leyes.

Por el Mediterráneo los griegos, que empezaban entonces su fortuna mercantil bajo el pabellon otomano, iban á Malta á buscar azúcares, cafés, algodones ingleses, y los trasportaban á Trieste, Venecia, Nápoles, Liorna, Génova, Marsella, anunciándose como neutrales por su calidad de otomanos, y respecto de ellos no menos que de los americanos costaba mucho acreditar el fraude.

Capital era el interés de Francia en atajar este vasto comercio clandestino, pues si se lograba que los ingleses no pudieran vender en Europa los géneros coloniales, producto de sus numerosas colonias, ó precio con que se habian pagado sus manufacturas en las colonias de otras naciones, su inmenso tráfico venia por tierra. En mas ó menos porcion se protestaba la enorme cantidad de papel fundada sobre estos valores y depositada en el Banco de Inglaterra por via de descuento, y sus billetes que, desde la supresion del pago en dinero formaban su única ó principal moneda, estaban amenazados de un descrédito pronto. Ya perdian el 20 por ciento con relacion al dinero: el cambio inglés, que estaba muy bajo, pues la libra esterlina, que vale por lo común 25 francos, pasaba apenas por 17 en el continente, debia aun bajar mas y podia muy bien suceder que, perdiendo el billete de banco hasta el 30 por ciento, cayera el valor de la libra esterlina á 15 y 14 francos en el continente, y que así llegaran á ser casi imposibles todos los negocios del Estado y de los particulares. ¿Cómo proporcionarse entonces tantos objetos

de que el lujo inglés no se quería privar ni aun en tiempo de guerra? ¿Cómo atender sobre todo en la Península á la manutencion de los ejércitos ingleses, que no podían entre sus aliados obtener pan, carne, ni vino, sino por oro ó por plata? Unida á esto la circunstancia de que dos partidos políticos de fuerzas generalmente desiguales, se balanceaban á la sazón en la Gran Bretaña á propósito de ciertas cuestiones, y que uno estaba por la paz y otro por la guerra, se comprenderá que añadir á grandes reveses militares un nuevo descrédito de los valores mercantiles, era dar armas al partido de la paz y aproximarse al día que, pacificados á la vez mar y continente, la obra de Napoleon llegara por fin á remate.

Aun cuando pequen de violentos los medios á que hubo de apelar Napoleon con este objeto, su importancia era tanta que no se puede menos de hallar excusas á lo que hizo para la realizacion de sus fines; y hasta se adquiere la conviccion de haber consistido su principal yerro de allí á poco en no ser muy perseverante en sus miras. Conociendo desde luego la dificultad de descubrir si los que se presentaban como neutrales habian ó no consentido en pasar por las leyes inglesas, adoptó una resolucion radical que zanjaba aquella dificultad de plano. Ya no quiso que se admitieran otomanos ni americanos en los puertos franceses ni aliados, y para obrar de esta suerte fundóse en razones muy sostenibles. Respecto de los otomanos, poco vigilados por su gobierno, y sobre todo no tocando mas que en puertos franceses ó casi franceses, como Marsella, Génova, Liorna, Nápoles, Trieste, Venecia, determinó que se les recibiera

provisionalmente; que sus papeles fueran enviados á Paris con el objeto de examinarlos el director de aduanas y él mismo, y que no se les eximiera del secuestro, pena impuesta á todo fraude, hasta despues de este exámen riguroso. Si algun inconveniente resultaba de vejar á estos griegos, que se presentaban como otomanos, era sin duda de escasa monta, dado que la Puerta se interesaba por ellos muy poco, y que ademas no se hacia de la Puerta gran caso.

Mas grave era la dificultad de proceder rigurosamente respecto de los americanos. No solo venian á Francia, sino á Holanda, Alemania, Prusia, Rusia, países adonde no bastaba intimar una orden para que fuera obedecida, siendo menester acompañarla con razones plausibles y apoyadas en una grande influencia. Ademas aquellos americanos pertenecian á un gobierno poderoso, con quien importaba guardar contemplaciones, porque asi habia probabilidades de inducirle pronto á declarar la guerra á la Gran Bretaña. Napoleon prohibió admitir á los americanos en los puertos franceses ó casi franceses, é insistió en que Prusia y Rusia les cerraran los suyos, alegando la razon fundadísima de que no podian menos de ser falsos americanos; calidad que efectivamente usurpaban algunos de ellos; y que no daba derecho á otros para que su gobierno les apoyara, por ser expatriados que habian renunciado á su pais por mas ó menos tiempo y adoptado los depósitos británicos por única patria. Se les podia, pues, disputar la proteccion del pabellon americano, y aun tener por seguro que, reprimiéndolos, se reprimia el comercio de Inglaterra, y no se les dejaba otro arbi-

trio que el del contrabando nocturno, practicado por menor á lo largo de las costas mal vigiladas,

Todavía fué Napoleon mas lejos relativamente á los americanos, y no limitándose á cerrarles la entrada de los puertos del continente, dispuso que fueran apresados en los puertos franceses ó dependientes de Francia, y reclamó enérgicamente que se ejecutara lo mismo en Prusia, Dinamarca y Rusia. Para plantear esta providencia en su imperio, alegaba una razon de que se manifestaba mas poseido que lo estaba realmente, y consistia en las presas que en América se habian decretado contra los buques franceses, infractores de la ley del embargo por tocar en aquellos puertos. Tres ó quatro habian sido apresados sin duda, porque osando aventurarse al Océano Atlántico, violaron á sabiendas ó no á sabiendas, la ley americana; pero los de América llegados á los puertos de Francia y sometidos á secuestro se contaban por centenares. Mucho daño es este (decia el ministro americano defendiendo en París á sus compatriotas y confesando sus tropelias) para el muy pequeño ocasionado á los franceses. Nada es la extension del daño (respondia Napoleon) donde el honor del pabellon lo es todo. Vuestra mano habeis puesto en buques franceses, cubiertos con mis colores, y bastaria la presa de uno solo para capturar yo, si pudiera, toda la marina americana. Esta era una razon de mero aparato, y Napoleon aparentaba mas enojo del que sentia, buscando un pretexto especioso para apresar en Holanda, Francia é Italia los muchos buques americanos, que hacian el fraude por los ingleses y que se hallaban á su alcance. Efectivamente habia secues-

trado gran número de aquellos buques, proporcionándole sus ricos cargamentos con que proveer á su tesoro de recursos casi iguales á los que le valian las contribuciones impuestas á los vencidos. Con todo, penetrado del interés de unirse á los americanos, para enemistarlos con los ingleses, abrió una negociacion con el general Armstrong, representante en Paris del gobierno de los Estados Unidos; sin vacilar reconoció en términos formales que sus decretos de Berlin y de Milan eran una violencia, aunque emanada de otra: sostuvo que no habia tenido otro medio de responder á la insolente pretension británica de exigir un derecho por la navegacion de los mares; y declaró que estaba no obstante dispuesto á renunciar á sus decretos en favor de los americanos, con tal de que estos resistieran á la tiranía británica y obligaran al gabinete inglés á revocar las famosas órdenes del consejo ó le declararan la guerra; bajo esta condicion decia que se hallaba muy pronto á restituir á los americanos el derecho cabal de neutrales.

Apresar los buques americanos no era difícil en Francia: tampoco en las ciudades anseáticas, en las bocas del Elba y del Weser, donde las tropas francesas estaban acampadas; pero éralo en Holanda, donde el rey Luis se oponia á la voluntad de su hermano y donde se habian visto llegar muchos buques defraudadores; éralo en Dinamarca, que servia de buen grado de depósito á las mercancías vedadas, y que las introducía por la frontera de Holstein en el continente; éralo en los puertos de Prusia, que no tenia gran interés, ni gran gusto en atormentar á sus poblaciones para asegurar el triunfo de Napoleon sobre los ingle-

ses; y éralo por fin en los puertos de Rusia, que, teniendo extremada necesidad del comercio británico para vender sus productos agrícolas, única fortuna de sus grandes señores, se indemnizaba de la clausura de los mares con hacer bajo el pabellon americano parte del tráfico de que habia prometido en Tilsit y en Erfurt abstenerse completamente.

Aunque despedido y hasta con ira y querrelándose de las resistencias con una vivacidad mal adecuada á su política actualmente conciliadora, admitia Napoleon que se las opusieran Dinamarca, Prusia y Rusia; pero no podia aguantar que se le mostrara una mala voluntad, más pronunciada que en ningun punto del litoral europeo, en Holanda, país conquistado por las armas francesas y dado por reino á un hermano suyo; y de resultas amenazaba con un rayo á los temerarios que osaban dirigirle tales insultos. Con la simple enunciaci6n de estos ultrages, se penetra el motivo que, en la reciente distribuci6n de sus tropas, le habia impulsado á acantonar parte de las antiguas divisiones de Massena en torno de las fronteras de Holanda. Viendo que no podia llegar á impedir que los holandeses se entregaran al contrabando, dictó desde luego un decreto para prohibir toda comunicaci6n comercial con ellos. Esto equivalia á herirles de muerte, porque medio separados de la Gran Bretaña por el estado de la guerra, si se les separaba del continente por nuestras leyes, iban á ser condenados á morir de hambre. Entonces el rey Luis echóse á los pies de su hermano y obtuvo la revocaci6n del decreto, prometiendo mudar de conducta. Pronto salieron vanas sus promesas,

pues los buques americanos fueron admitidos en todos los puertos de Holanda, sin embargo de nuestras reclamaciones. No pudiéndose ya Napoleon contener ante este nuevo acto de desobediencia, restableció el decreto de separaci6n del continente, y anunció sin rebozo el proyecto de reunir la Holanda á la Francia.

Algun tiempo hacia que le ocupaba este pensamiento. Convencido de no poder conseguir de Holanda, aun bajo el trono de un hermano suyo, ni una concurrencia eficaz de las fuerzas navales, ni una concurrencia sincera para las restricciones mercantiles, se preparaba, júzguese lo que se juzgue, á incorporarla al imperio; y por triste y amargo que fuera el lenguaje de su hermano Luis no se adecuaba á hacerle mudar de designio, bien que aun le contuvieran su familia, algun resto de cariño y la Europa. Un personaje, cuyo mérito habia distinguido sobremanera, y que se le mostraba muy agradecido sin ser menos adicto á su patria; el almirante Verhuel, se afanaba por precaver un fatal rompimiento é instaba á los dos hermanos á verse. Napoleon no lo deseaba de ningun modo, temiendo ablandarse en presencia de su hermano; y el rey Luis no lo apetecia tampoco, temiendo caer en Paris bajo una mano harto prepotente, y temiendo tambien encontrarse con la reina Hortensia, su esposa, de quien vivia separado. No obstante, á instancias del almirante Verhuel, que habia dado por cada uno de los dos hermanos los pasos que rehusaba dar el otro, salió el rey Luis del Haya, y vino á Paris para dirimir una diferencia, de cuyo ajuste podian resultar los sucesos más graves de entonces. Se conferenciaba

sobre este asunto en el momento por donde nuestra relacion corre, y el rey Luis como primer acto de sumision habia consentido en que se apresara á los americanos introducidos en los puertos de Holanda.

De seguida dedicóse Napoleon á reclamar que se ejecutaran sus decretos en los demas estados del Norte. Admitir á los falsos neutrales y despues secuestrarlos, se acomodaba sobremanera á su espíritu astuto y nada escrupuloso en la eleccion de medios, con especialidad por lo concerniente á los defraudadores descarados que violaban á la par las leyes de su patria y las de los paises que consentian en admitirlos. Les habia hecho apresar en las ciudades anseáticas por sus propios agentes, y exhortaba tanto á Dinamarca como á Prusia que los dejaran entrar y les retuvieran luego, con la certeza de no retener mas que á ingleses bajo el falso nombre de americanos. Timidamente se defendian Dinamarca y Prusia, alegando que, si muchos americanos eran defraudadores, otros podian muy bien no serlo, y que para asegurarse de si habian tocado en los puertos británicos se inspeccionaban muy activamente sus papeles. Pero Napoleon negaba que hubiera modo de establecer distincion alguna entre ellos, pues el menos culpable no podia haber navegado sin infringir la ley americana, que vedaba venir á Europa. En respuesta se baluceaban razones de mal fundamento: se le ofrecia la observancia puntual de sus leyes, sin que por esto se dejara de eludir en la ejecucion algo, aun defraudándose á sí mismos por amparar á los defraudadores. Dinamarca no tenia excusa, pues Inglaterra la habia tratado como enemiga

implacable, y Francia al revés como amiga fiel y segura: ademas se trataba de sus mas preciosos derechos, no habiendo otro Estado que tuviera mayor interés en resistir el sistema que los ingleses pugnaban por establecer respecto de los mares. Como vencida y oprimida la Prusia, y sin interés por las cuestiones marítimas, era muy excusable en lo de no prestarse de buen grado al triunfo de las combinaciones políticas de su vencedor, y en lo de rehusar contribuir á que lo alcanzara á costa de crueles sacrificios. Sin embargo no se negaba absolutamente á conformarse con los deseos de Napoleon, bien que eludia las explicaciones, y de hecho admitia á los americanos sin retenerlos. Napoleon, que leia la correspondencia de sus cónsules por sí mismo y sustentaba la disputa en persona, propuso á la Prusia una combinacion digna de los defraudadores á quienes hacia la guerra. A la sazón se anunciaban numerosos convoyes que, bajo el pabellon engañoso de los americanos, debian entrar en los puertos de la antigua Prusia, especialmente en Colberg, donde no teniamos un soldado. Dejados entrar (dijo Napoleon) y apresados seguidamente; me entregareis los cargamentos y los recibiré á cuenta de la deuda prusiana. Y en tan extraña negociacion estuvo á punto de quedar plenamente airoso.

De todo el litoral del Norte no mas que la Pomerania sueca quedaba abierta á los titulados americanos. pais que Napoleon acababa de restituir á Suecia, por consecuencia de una revolucion repentina, aun cuando fácil de prever bajo un rey cuyas continuas extravagancias comprometian a un mismo tiempo el decoro y la dignidad de su Estado.

Ya se ha visto la desatentada dirección que Gustavo IV dió á sus fuerzas durante la triste guerra de Finlandia. Encarnizado contra Dinamarca, en vez de habérselas solo con Rusia, á quien pudiera así disputar la Finlandia por largo tiempo, condujo muy notable parte de sus fuerzas hacia Noruega para invadirla y hacia el Sund para amenazar á Copenhague; y exasperados los suecos al verse arrebatada la Finlandia de resultas del mal uso hecho de sus bizarras tropas, se rebelaron contra un rey demente. Este movimiento estalló en el ejército de Noruega, que guiado por un oficial bullicioso y osado encaminóse hacia Estokolmo. Vanamente servidores leales se esforzaron por ilustrar á Gustavo IV y suplicarle que hiciera sacrificios indispensables á la nación justamente alzada en su contra. A la sazón cayó en una especie de frenesi, arrojóse, no se sabe con que designio, sobre la espada de un ayudante de campo, hubo que desarmarle y que velarle sin perderle de vista como á un loco furioso. En tal extremidad juntáronse extraordinariamente los Estados, le declararon incapaz de reinar, y llamaron al trono á su tío el duque de Sudermania, príncipe de carácter dulce y de gran cordura, que durante la menor edad del rey destronado habia ya regido el reino con suma prudencia. A fin de precaver el nuevo monarca mayores desdichas, celebró paces con Rusia y con Francia.

Su paz con Rusia costó la Finlandia á Suecia; su paz con Francia valióle por el contrario la restitución de la Pomerania y del puerto de Stralsund, ocupado por los franceses hasta 1810 desde 1807 en que lo hicieron suyo. Al otorgar Napoleon estas

restituciones, impuso la condicion de que se cerraran á los ingleses todos los puertos suecos y especialmente el de Stralsund, el mas importante de todos, como que, situado junto al continente de Alemania, podía anular el vasto aparato del bloqueo continental por sí solo. Desgraciadamente, consumada la pérdida de Finlandia, no habia ya sacrificio mas duro que el comercio británico para los suecos. Casi todos los pueblos del Báltico, ricos en productos agrícolas, en materias navales, como hierro, madera, cáñamo, brea, no se podian pasar sin Inglaterra ó Francia entonces, y sin las dos á la vez en ningun tiempo. Estar á mal con Francia les dejaba acceso á Inglaterra, y á mas les hacia instrumentos de un provechoso contrabando; pero romper con Inglaterra les cerraba los puertos británicos sin abrirles los puertos de Francia estrechamente bloqueados; de modo que la desavenencia con Inglaterra equivalia á la ruptura con ambas naciones. Despues de prometer los suecos á Napoleon indisponerse con los ingleses, les cerraron efectivamente el gran depósito de Gothemburgo, situado tan cómodamente para el contrabando; pero consintieron desde luego trasladar este depósito á las islas próximas á Gothemburgo, y á semejanza de todos los pequeños ribereños del Báltico salian del compromiso respecto de Francia con promesas repetidas y violadas siempre.

Muy bien informado Napoleon por sus consules de cuanto acontecia, desazonose al averiguar que se le engañaba en Suecia como en otros puntos; recordó los motivos que le hicieron declarar la guerra á Gustavo IV y celebrar la paz con el duque de Sudermania; y anunció que iba á ocupar

la Pomerania de nuevo, á hostilizar otra vez á Suecia, pensárase lo que se pensara en los gabinetes del Norte, si las prescripciones relativas al comercio británico no eran rigurosamente observadas.

Entre estos gabinetes del Norte solo uno, el de Rusia, declarando á medias su resistencia; disimulando el disgusto que habia sentido á consecuencia de los procederes de Napoleon en la cuestion del matrimonio, y de la negativa á unírsele para lo concerniente á Polonia; disimulando tambien el recelo que le podía inspirar la reciente intimidad de Francia con Austria, asistiale una razon para soportarlo todo por el momento, y era el afan de llevar á remate la guerra contra los turcos, á fin de arrancarles la Moldavia y la Valaquia. Semejante causa valia con efecto la pena de sufrir sin quejarse muchos disgustos: por otra parte la idea de una nueva guerra con Francia no halagaba entonces á ningun hombre sensato en Rusia; y sin embargo, aunque resuelto á aguantar mucho, Alejandro conservaba, fuera de su orgullo personal, el orgullo de un grande imperio.

Ofendido de la dominacion que Napoleon pretendia ejercer sobre todas las costas del Norte, desde Amsterdam, Bremen, Hamburgo, hasta Riga y aun hasta San Petersburgo, resignábase no obstante Alejandro en consideracion del objeto á que se encaminaba en Oriente, pero queria que en sus propios Estados obrara con alguna reserva; lo queria por un sentimiento de dignidad que era muy sostenible, y por un interés agrícola y comercial que no lo era tanto. Consiguientemente opuso el gabinete francés la razon alegada en aquel momen-

to por todos los demas Estados, razon de ninguna solidez interin la ley americana del embargo existiera, á saber, que no todos los americanos eran defraudadores; que los habia sinceros y practicando un comercio legitimo; que no admitiria mas que á estos; que apresaria cuidadosamente á todos los otros; y que, privado del comercio con Inglaterra, queria conservar el de América absolutamente. La argumentacion era mala, porque la ley del embargo constituia defraudador á todo americano que navegara en Europa, y ademas se sabia con certidumbre que los ingleses no dejaban pasar un solo buque sin que pagara su derecho de navegacion ó cargara de mercancías inglesas.

Por desgracia Napoleon, á impulsos del deseo de acumular á la vez todas las ventajas, acababa de suministrar argumentos muy plausibles en contra suya á cuantos el bloqueo continental ofendia, permitiendo por medio de *licencias* ciertas comunicaciones con la Gran Bretaña. Véase como vino á parar á estas excepciones de su propio sistema, que le colocaban en un estado de contradiccion consigo mismo sumamente embarazoso.

Hacia fines de 1809 necesitaron los ingleses de trigo, y en todas épocas les hacian falta las materias navales del Norte. De resultas permitieron que todos los buques, sin excluir los de los contrarios, les llevaran trigo, madera, cáñamo, brea, absteniéndose de hacerles pagar derechos que hubieran recaido sobre ellos mismos, por encarecer las materias de que necesitaban proveerse. Por virtud de esta interesada tolerancia viéronse en los muelles del Támesis buques belgas, holandeses, anseáticas, daneses, rusos, todos en guerra con la Gran Bre-



taña. Echando de ver Napoleon la necesidad que los ingleses experimentaban de las materias que permitian introducir de tan excepcional modo, imaginó aprovecharse de ella para hacerles aceptar productos franceses, y concedió salvo conducto á los buques que, llevando madera, cáñamo, trigo, formaran parte de su cargamento con sedas, paños, vinos, aguardientes, quesos, etc. En cambio permitió que se trajeran ciertas materias determinadas, no tejidos de Manchester ó quincallería de Birmingham, ni cafés ó azúcares, sino algunos objetos de que carecian nuestras manufacturas, como añil, cochinilla, aceites de pescado, maderas de las islas, cueros, etc. Al modo que buques franceses en Inglaterra, se vieron buques ingleses en Francia navegando unos y otros con pasaportes llamados licencias, mintiendo acerca de su origen en ambos paises, y cooperando singularmente á la propagacion del fraude; porque obligados los franceses á llevar sedas con el trigo, fiabanlas á la entrada del Támesis á contrabandistas, que se encargaban de su introduccion fraudulenta; y los ingleses obligados á su vez, para zarpar libremente de sus puertos, á exportar tejidos de algodón no admitidos en Francia, entregábanlos cerca de nuestras costas á contrabandistas, que tomaban el introducirlos á su cargo, y no se presentaban en nuestros puertos mas que con las materias permitidas. Este tráfico corrompia el comercio habituándolo á la mentira y hasta al delito de falsario, pues habia en Lóndres falsificadores de papeles de á bordo, que ejercian públicamente su industria. Además los inconvenientes de esto eran grandes y medianas las ventajas, no habiéndose elevado de

1809 á 1810 á mas de 20.000,000 en Francia el comercio, tanto de exportacion como de importacion por *licencias*. Pero el mayor peligro de semejante comercio estribaba en colocar á la Francia en un estado de contradiccion consigo propia verdaderamente insostenible, y mas ante aquellos de quienes exigia que las leyes del bloqueo continental fueran rigurosamente observadas.

—Exigís (deciale Rusia) que vede yo á mis naturales toda comunicacion con Inglaterra, que les prive de vender sus cereales y sus materias navales, no pudiéndoles hallar salida sino con los negociantes ingleses; que les condene á no recibir en cambio azúcares, cafés, tejidos de que tienen necesidad indispensable; y al par no vaciláis en llevar á Inglaterra vuestras sedas, vuestros paños y vuestros vinos, y en traerlos azúcares y cafés, tan severamente excluidos por vuestras leyes de todo el resto del continente. No os mostreis, pues, con los demas tan riguroso, mostrándoos con vos tan condescendiente, y menos siendo el interés de los demas casi nulo y el vuestro muy grande en que el sistema de rigor sea universalmente admitido y practicado.

Tal argumento tenia una solidez que Napoleon se esforzaba por desconocer muy en vano, y lo rechazaba con ira, no pudiendo impugnarlo con buenas razones. Cuanto se dice de mis licencias es falso (respondia á la Rusia), yo no introduzco azúcares, ni cafés en Francia, sino que me aprovecho de la necesidad que tienen los ingleses de nuestros trigos, para obligarles á recibir algunas sedas, algunos paños, algunos vinos, y me pago con materias indispensables á nuestra industria, y sobre